

Abraham Joshua Heschel y el Concilio Vaticano II*

por el Dr. Roberto Bosca

Debido a que el Concilio Vaticano II (CVII) ha sido y es uno de los acontecimientos más importantes de la historia contemporánea de la Iglesia católica, merece la pena que nos detengamos aunque sea de forma sucinta en él para entrar en tema.

¿Qué es un Concilio? El Concilio es, en la Iglesia católica, una reunión del colegio episcopal, esto es, son asambleas donde concurren obispos de una región, un país o de todo el mundo (en este último caso se denominan ecuménicos) y que, por lo tanto, pueden tener un alcance regional o universal y cuyo objeto consiste en definir cuestiones doctrinales -o sea referentes al dogma y por lo tanto a la fe-, o bien asuntos de tipo pastoral o disciplinar, es decir, del gobierno de la Iglesia, del cuidado de las almas.

Este concilio no definió ninguna verdad de fe, sino que fue un concilio pastoral. Pero entonces ¿por qué fue importante?

Podemos decir que, de algún modo, el CVII (1962-1965) cambió el rostro de la Iglesia, produjo una modernización (en italiano se decía *aggiornamento*, era la palabra del momento en esos años para expresar el objetivo de una puesta al día¹).

La fe no se moderniza, siempre es igual; lo que se moderniza es la expresión de la fe, la forma de vivir la misma fe de siempre. Si recuerdo todos estos conceptos es para situar en un marco específico la labor de Heschel en su punto referencial y que es el tema que nos ocupa: Abraham Joshua Heschel y su relación con el Concilio Vaticano II. La cuestión tiene su interés para los cristianos porque Heschel nos ayudó significativamente a los fieles cristianos a que vivamos nuestra propia fe católica de un modo más evangélico.

Un giro copernicano

El Concilio representa esencialmente dos cosas: es una mirada de la Iglesia sobre sí misma y una mirada de ella sobre su relación con el mundo, con la sociedad. Hay entonces en el Concilio una doble dirección.

En ese sentido, los dos documentos más importantes del Concilio son la constitución *Lumen Gentium* (Luz de las gentes), donde la Iglesia habla de sí misma, y *Gaudium et Spes* (Alegoría y esperanza), donde se trata la relación de la Iglesia con el mundo contemporáneo².

¹ Cfr. Luis Marín de San Martín, *Juan XXIII. Retrato eclesiológico*, Herder, Barcelona, 1998, 217 y ss.

² Para una reflexión histórica y eclesiológica sobre el acontecimiento, cfr. Alberto Melloni, *Il concilio e la grazia. Saggi di storia sul Vaticano II*, Jaca Book, Milano, 2016.

Una diversidad de perspectivas sobre el Concilio puede encontrarse en Carlos Schickendantz (Ed.), *A cuarenta años del Concilio Vaticano II. Lecturas e interpretaciones*, Educc, Córdoba, 2005 y AAVV, *Teologia dal Vaticano II. Analisi storiche e rilievi ermeneutici*, San Paolo, Milano, 2012. Ver también: José Orlandis, *El pontificado romano en la historia*, Palabra, Madrid, 1996, 256 y para un panorama general de su desarrollo y circunstancias, cfr. `del mismo autor: *La Iglesia católica en la segunda mitad del siglo XX*, Palabra, 1998, 24 y ss.

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO

MARSHALL T. MEYER

Pero además de estas dos constituciones, y como ustedes ya conocen, un documento donde se puede percibir la magnitud de ese cambio es la declaración *Nostra Aetate*³(que quiere decir “nuestro tiempo”, y esto es porque los documentos eclesiásticos se designan con las primeras palabras en su original en latín). Se trata de un texto breve, pero esas pocas páginas fueron muy discutidas y cambiaron la historia⁴.

Es casi un lugar común recordar que la declaración sobre las religiones no cristianas es considerada tanto por judíos como por católicos como un verdadero giro copernicano.

En primer lugar, hay que considerar que la declaración conciliar invirtió de un modo radical el sentido de una relación bimilenaria que se había mantenido intacta de un modo muy estricto y contundente en la teología pastoral de la Iglesia católica⁵.

Hay que advertir también que tan grande cambio fue realizado en un tiempo asombrosamente breve. Si se miran los antecedentes más antiguos, puede determinarse un plazo de unos veinte años, como mucho treinta. Pero si se reduce la visión al estricto proceso en sí mismo, el tiempo es llamativamente pequeño, menos de un lustro.

Esto es así porque las cosas en esta vida no suceden porque sí, de la noche a la mañana, y a veces se precipitan o condensan pero después de un cierto tiempo de maduración. Ya antes del Concilio algunas iniciativas -como la Amistad judeocristiana- se habían adelantado a desbrozar el camino, incluso en nuestro país hubo también algunos signos precursores⁶.

Los protagonistas: Bea, Isaac, Maritain, Heschel

Debe considerarse que ese punto de inflexión histórico es el resultado del trabajo conjunto de un pequeño grupo de hombres que hasta ese momento eran, además, absolutamente desconocidos entre sí.

El número de personas que intervinieron directamente en el texto, si se exceptúan los padres conciliares, es sumamente reducido comparado con los millones que se vieron involucrados en sus consecuencias. Eran pocos, pero los unió una verdad común y una mutua empatía.

La declaración *Nostra Aetate* (NA) generó un movimiento en el seno de la Iglesia que se multiplicó fructuosamente en diversas iniciativas de distinto orden y que se encuentra aún en plena dinámica de su desarrollo. Nadie ignora que estos procesos de cambio cultural son ordinariamente lentos y por eso mismo se extienden larga y morosamente en el tiempo.

³ En las citas los documentos eclesiásticos se referencian por las letras iniciales de las primeras palabras. Cfr. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vatii_decl_19651028_nostra-aetate_sp.html.

⁴ Una recopilación de testimonios sobre la cuestión en los tiempos conciliares, cfr. Rafael López Jordán, *No son deicidas*, Losada, Bs. As., 1965.

⁵ Uno de los mejores estudios sobre las imbricaciones culturales del antisemitismo en un país católico durante la contemporaneidad, puede verse en Gonzalo Alvarez Chillida, *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Marcial Pons, Madrid, 2002. También, en el mismo período, Giovanni Miccoli, *Antisemitismo e cattolicesimo*, Morcelliana, Brescia, 2013.

⁶ Cfr. Roberto Bosca, *Diálogo interreligioso en la Argentina*, en “Todo es Historia”, 596, marzo de 2017.

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO

MARSHALL T. MEYER

En el plano teológico, sólo a partir de ella Juan Pablo II pudo decir que la alianza de Dios e Israel no había caducado, superando la idea de una crisálida que se transforma en mariposa que había estado arraigada tan fuertemente hasta entonces en la tradición cristiana.

Se advierte en todo este proceso conciliar la actuación de personalidades eclesiásticas y seculares como la del Cardenal Agustín Bea en la redacción inmediata⁷ y la de Jacques Maritain en el plano mediato⁸, y entre los judíos se ponderan las de Jules Isaac y Abraham J. Heschel, ambas también respectivamente en lo mediato y en lo inmediato.

Respecto de los judíos, el relato conciliar comienza caracterizando a los cristianos como a los hijos de Abraham según la fe. No hace sino recordar una verdad evidente cuando menciona que no solamente Jesús (Yeshúa, Joshua) y su madre (Myriam, Maryam, María), sino todos los apóstoles y un considerable porción (estrictamente todos ellos al comienzo) de los cristianos primitivos fueron también igualmente judíos, al punto de que podría ampliarse este concepto diciendo que en los primeros siglos los seguidores de Jesucristo fueron considerados directamente una secta judía.

Simbólicamente se ha expresado esta verdad como la figura o la imagen de la raíz y las ramas del olivo, que recuerdan a judíos y cristianos que están unidos para siempre. El Testamento que los cristianos llamamos nuevo⁹ brota del primero en el que tiene su matriz.

Es un vínculo vivo porque el pueblo judío sigue siendo depositario de las promesas, una afirmación que según el papa Francisco (antes de ser ungido como tal) es la audacia más significativa del Concilio Vaticano II en esta temática.

La enseñanza del menosprecio

El proceso conciliar fue decisivo, pero ya muchos años antes un movimiento de personalidades de diversas procedencias culturales y religiosas había trazado un camino precursor.

En este sentido, un antecedente muy importante de NA -y considerado el primer paso conjunto para cambiar la historia-, lo constituye el encuentro de judíos y cristianos celebrado en Seelisberg (Suiza) en 1947, del cual en este año 2022 se celebra el 75º aniversario. La reunión estuvo promovida por e inspirada en las ideas de Jules Isaac, a quien puede considerarse legítimamente junto a Heschel como el padre judío de NA¹⁰.

Una vez convocado el concilio, algunos judíos entendieron que la asamblea católica representaba una magnífica ocasión para cambiar la enseñanza magisterial de la Iglesia en materia pastoral sobre la manera de ver y entender al pueblo elegido. En la perspectiva tradicional católica los judíos habían

⁷ Cfr. Cardenal Agustín Bea, *Unidad en la libertad. Reflexiones sobre la familia humana*, Troquel, Bs. As., 1964 y Jorge Mejía, *El Cardenal Bea*, en "Criterio", 1560, 28-XI-68, 874 y ss.

⁸ Cfr. Piero Doria, *Maritain e la Nostra Aetate*, en Gennaro Curcio-Roberto Papini (ed), "Jacques Maritain e IL Concilio Vaticano II", Studium, Roma, 2015, 64-83

⁹ Desde fuentes judías se ha sugerido el cambio de la tradicional denominación antiguo y nuevo testamento por considerar que mantiene un resabio de la enseñanza del menosprecio

¹⁰ Cfr. Ariel Stofenmacher, *La Conferencia de Seelisberg: un antecedente del Concilio Vaticano II*, en Ariel Stofenmacher-Abraham Skorka (Ed. y Comp.), "El Concilio Vaticano II y los judíos", Bs.As., 2005, 176-187. Esta obra colectiva recoge valiosos trabajos de autores judíos y cristianos en torno a los cuarenta años de *Nostra Aetate*.

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO

MARSHALL T. MEYER

rechazado a Cristo, y esta idea comprendida como infidelidad había provocado durante siglos un sentimiento de hostilidad por parte del catolicismo¹¹.

Según el sentir judío esa actitud debía corregirse y el concilio parecía la ocasión apropiada a tal fin. Por este motivo en muchos de sus dirigentes surgió la convicción de que por fin podría haber llegado el momento de derribar el muro de mutua incompreensión.

Esa hostilidad se expresaba en una “enseñanza del desprecio” que según una opinión común en el judaísmo habría brindado las condiciones para el desarrollo del antisemitismo a lo largo de la historia.

Un hombre providencial

De esta premisa se deduce una idea muy sencilla pero muy contundente que consiste en que para cambiar la tradición del odio hay que comenzar por modificar las raíces que lo han suscitado.

Esta fue la idea acuñada por un eminente judío: Jules Isaac. Fue Isaac precisamente quien convenció al papa Roncalli de tratar el problema. Hay una fecha clave: el 13 de junio de 1960, cuando el papa Juan había convocado al Concilio, en que se produce el encuentro entre ambos. Isaac era a esas alturas una personalidad relevante en el mundo judío y después de padecer su tragedia personal había elegido convertir ese dolor en una energía que pudiera cambiar la realidad y ese constituye ciertamente su más valioso legado.

Entre quienes desde el judaísmo fueron protagonistas del activismo reformista en este delicado proceso, se distingue Abraham Joshua Heschel¹², quien -proveniente de tradicionales dinastías jasídicas- es considerado uno de los más importantes rabinos del judaísmo contemporáneo. Su eficaz concurso en esta historia le acredita por sí mismo para ser reconocido como un verdadero constructor del futuro marco de convivencia interreligiosa, de un nuevo escenario que se abrió a partir del proceso conciliar.

Heschel era desde luego un poeta (en su prosa resulta visible esta condición) y también un filósofo de la religión no menos que un teólogo de espíritu amplio, que desarrolló vínculos interreligiosos con el mundo protestante y con la Iglesia católica, y mantuvo un diálogo con personalidades del mundo intelectual de su tiempo como Paul Tillich y Thomas Merton.

Inspirado en las enseñanzas de su propia cultura religiosa, el rabino, quien fue el maestro más querido de Marshall Meyer¹³, llegó a ser un líder social como activista de los derechos civiles junto a figuras tan importantes de ese proceso como Martin Luther King y otros.

El activismo de Abraham Heschel lo convirtió también en un protagonista en el cambio de paradigma en la Iglesia católica mediante una serie de entrevistas reservadas en las que expuso las pretensiones concretas del judaísmo para llegar a un cambio real de condiciones en el estatuto de las mutuas relaciones. Ello no le ahorraría críticas incluso entre los suyos.

¹¹ Sobre el sentir judío acerca de las raíces cristianas del antisemitismo, cfr. J. Parkes, *Antisemitismo*, Paidós, Bs. As., 1965, 96-120.

¹² Cfr. Ernesto Yattah, *Abraham J. Heschel y el Concilio Vaticano II*, en AAVV, ‘EL Concilio Vaticano...’, cit., 118 y ss.

¹³ Sobre Meyer puede consultarse Graciela S. de Grynberg-Celina Lértora Mendoza, *Marshall Meyer y 50 años de diálogo interreligioso*, en Iser, Ediciones Iser, Bs. As., 2018.

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO

MARSHALL T. MEYER

Él estaba convencido de una verdad: ninguna religión es una isla y había visto con claridad que sin Dios la humanidad se deshumaniza, y ésa fue la experiencia de la *Shoah* como un producto de la pérdida de la perspectiva religiosa que se produce en la modernidad.

Por eso Heschel pensaba que el programa nacionalsocialista significaba tanto como destruir el cristianismo, empezando por los judíos.

Como asesor del Comité Judío Americano, Heschel se entrevistó con el cardenal Bea, -que había sido nombrado por el papa Juan en el flamante Secretariado para la Promoción de la Unidad de los Cristianos-, y lo hizo por primera vez ya antes de la primera sesión del Concilio, el 27 de noviembre de 1961, otra fecha clave.

Una voz profética

Enseguida surgió entre el cardenal y el rabino, una relación de mutua simpatía. Heschel nos enseñó que cuando la respuesta del hombre a lo divino se percibe como *pathos*, es de simpatía. Él lo describe como la característica fundamental de la realidad sagrada, presente en la conciencia de los profetas. La simpatía es la actitud de respuesta a esa realidad y es un estado en el cual una persona está abierta a la presencia de otra¹⁴. Dicho al modo levinasiano, cuando el otro me mira, entonces soy responsable de él. Por eso ambos, Bea y Heschel, escucharon la voz de Dios y Dios habló en ellos.

Durante ese periodo Agustín Bea se reunió en varias audiencias con representantes del Comité Judío Americano y Heschel mantuvo una entrevista personal con el arzobispo neoyorkino Francis Spellman¹⁵ como así también con Johannes Willebrands, un cardenal holandés que fue otra gran personalidad del diálogo interreligioso.

No fue tan sencillo como parece ahora, porque la presión conservadora era tan intensa que prudentemente Bea desistió como un paso inoportuno de volver a reunirse con Heschel para no remover el avispero¹⁶.

De otra parte -y merced a los buenos oficios del cardenal norteamericano Richard Cushing, que actuaba como su representante en Roma-, Heschel consiguió ser recibido durante treinta y cinco minutos en una audiencia con el pontífice, y su impresión fue que el Papa era amigable y cordial y veía favorablemente una decisión positiva del Concilio al respecto.

Finalmente, el intrépido rabino se reunió también con observadores protestantes simpatizantes del cambio que se estaba gestando y con el cardenal Albert Gregory Meyer, arzobispo de Chicago. Este clima favorable resultaba alentador al proyecto y los nuevos vientos soplaban a su favor.

¹⁴ Cfr. Abraham J. Heschel, *Los profetas. Simpatía y fenomenología*, Paidós, Bs. As., 1973, 9 y ss.

¹⁵ Cfr. Rabbi James Rudin, *Cushing, Spellman, O'Connor. The Surprising Story of How Three American Cardinals Transformed Catholic-Jewish Relations*, William B. Eerdmans Publishing Company, Gran Rapids, Michigan, 2012. Un precursor del diálogo judeocristiano escribió un sentido testimonio sobre su amigo O'Connor: León Klenicki, *Cardenal John O'Connor, arzobispo de New York (1920-2000)*, en "Criterio" 2251, junio 2000. Cuando se cumplieron cuatro décadas de *Nostra Aetate* mantuve un diálogo con el rabino sobre el acontecimiento y sus ulteriores: *Nostra Aetate, cuarenta años después*, en "Debate", 3-XI-05, 48 y ss.

¹⁶ Sobre la posición conservadora, cfr. Roberto De Mattei, *Concilio Vaticano II. Una historia nunca escrita*, Homo Legens, Madrid, 2010, 331 y ss.

El comienzo de un nuevo estadio

Los obispos norteamericanos actuaron favoreciendo esas reuniones a lo largo del transcurso de las sesiones sinodales, pero al mismo tiempo todos estos movimientos suscitaron la oposición de la corriente conservadora que procuraba moderar los renovadores aires conciliares, sobre todo cuando estos apuntaban a desmadrarse.

Durante todo este proceso el rabino Heschel fue consultor de los interlocutores judíos y en tal carácter preparó varios memorandos para ser presentados ante la Santa Sede. Él continuaba así el camino emprendido por Jules Isaac sobre la necesidad de una superación de la tradicional enseñanza del menosprecio y objetó algunos textos que por su ambigüedad no aclaraban debidamente si los judíos actuales debían eximirse de una responsabilidad en la muerte de Jesucristo.

En efecto, mediante una paciente labor Heschel sometió a sus interlocutores católicos un memorando preparado junto con el Comité Judío Americano, recomendando la supresión del cargo de deicidio y otras medidas destinadas a la superación del prejuicio antijudío.

En otros textos similares, Heschel advertiría al cardenal Bea que la atribución de una culpa colectiva a los judíos respecto de la crucifixión había sido usada por el antisemitismo, y unos meses antes le había enviado tres de sus libros: “El hombre no está solo”, que es una filosofía de la religión, “Sabbath” y “Dios en búsqueda del hombre”, que sería citado por el papa Pablo VI en una audiencia general, como un reconocimiento, por cierto absolutamente infrecuente hasta ese momento, hacia un rabino judío. El papa Francisco también se refirió a Heschel durante una audiencia con el comité judío americano¹⁷.

El tren estaba en pleno movimiento y el rumbo ya era seguro, pero el arribo a la estación se produjo no sin ciertas dificultades. Había que remontar la friolera de casi dos milenios de tradición inversa.

Heschel representaba la fase teológica cuyos fundamentos sustentaban el proyecto reformista que la decisión de Isaac había puesto en movimiento. Faltaban ahora los espíritus que pusieran manos a la obra y mediante un certero puntapié patearan la pelota hacia el arco.

Finalmente, ese ansiado momento llegaría por fin con la sanción de la declaración el 28 de octubre de 1965, por una abrumadora mayoría. Comenzaba una nueva historia.

La voz de Dios

La relación antecedente muestra que la declaración *Nostra Aetate* no nació de un día para otro, sino que fue el producto de un largo proceso. Tuvo como se ha visto una fase inmediata, pero antes que ella exhibe otra precedente que puede considerarse comenzada en los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial (aunque con un punto de origen antes de ella), y durante la cual se produjo la lenta maduración de una sensibilidad en el alma de la cristiandad.

¹⁷ <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2019-03/papa-francisco-audiencia-judios-america-dialogo-interreligioso.html> (Consultado el 16-VI-22)

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO
MARSHALL T. MEYER

Los memorandos de Heschel se tradujeron en documentos magisteriales. Heschel no solo provocó un cambio en el modo de relacionarse el pueblo cristiano con el pueblo judío, sino que contribuyó a provocar una conversión en la propia autocomprensión de la Iglesia católica respecto de sí misma, como certeramente ha observado el rabino Ernesto Yattah en su magnífico trabajo antes citado sobre este tema.

Dios había vuelto a hablar al pueblo cristiano, esta vez por boca de un profeta judío.

Digo esto porque Heschel no fue solo uno de esos espíritus que hicieron brillar una luz que permitiera transitar ese difícil camino de entendimiento mutuo más profundo, sino que nos hizo a los cristianos más cristianos (y al hacernos más cristianos nos hizo más humanos), y este hecho merece nuestra gratitud y reconocimiento.

*En el presente trabajo sigo los lineamientos (especialmente en lo que se refiere a Heschel) de mi anterior ensayo *Maritain, los judíos y el Concilio Vaticano II* publicado hace varios años en forma digital por el Instituto Argentino Jacques Maritain en <http://maritainargentina.org.ar/maritain-los-judios-y-el-concilio-vaticano-ii-por-roberto-bosca-universidad-austral-buenos-aires-boscafibertel-com-ar/> (Consulta d el 25-VI-22).